

Los mitos de la derecha historiográfica. Sobre la memoria de la guerra civil y el revisionismo a la española*

Javier Rodrigo

Generaciones

El periodista Pío Moa dedicó en el suplemento de libros del diario *El Mundo*, con ocasión de la Feria del Libro 2003 de Madrid, su último trabajo¹ a un anónimo «joven lector», instándole a saber que «en los últimos tiempos se miente de una manera increíble sobre la guerra civil». Ese mismo volumen se abre con una dedicatoria «a los jóvenes, que deben conocer la historia». Es evidente que, a tenor de esas notas, el autor busca la complicidad de los últimos incorporados al interés, ya viejo, por conocer la historia de la guerra civil española: lo que Santos Juliá ha denominado recientemente la “mirada del nieto”² y que, en buena medida, responde a un fenómeno de rechazo a la percepción impuesta desde las políticas educativas actuales (del Partido Popular) según las cuales la guerra civil es una página más de la historia de España. Una página, por cierto, no tan venerable como Isabel la Católica o Felipe II o, más cerca, la transición a la democracia. Es más, una página que tener convenientemente cerrada³.

Los mitos... es, por tanto, algo más que el consabido alegato a favor de la vuelta de la visión propagandística de los vencedores de la guerra y, de hecho, aquí no se va a trazar una descripción crítica de sus contenidos, sino que se va a tratar de situarlos en un contexto determinado. Tanto el libro como su enorme campaña publicitaria, con programas televisivos gratuitos incluidos, responden a una lógica del debate intelectual según la cual el interés por la “historia pública” de la guerra puede ser amaestrado y reconducido, generando visiones comunes del pasado mediante la simplificación, la divulgación feroz y el uso de las técnicas comunicativas más atractivas y, todo sea dicho, antiacademicistas⁴. Se trata, así, del

* La tercera parte de este artículo tiene como base el que será último capítulo (“Lugares de la memoria, lugares del olvido, 1947-2003”) de mi próxima tesis doctoral, “La España excluida. Campos de concentración y trabajo forzoso durante la guerra civil y la posguerra (1936-1947)”. Con mi agradecimiento por sus comentarios a Javier Muñoz, Carsten Humbleback y José Luis Ledesma, quienes me han demostrado que el de la memoria y el supuesto revisionismo español es un debate abierto en el que hay muchas e inteligentes opiniones, no siempre de acuerdo.

¹ MOA, Pío, *Los mitos de la guerra civil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002.

² JULIA, Santos, “Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición”, *Claves de razón práctica*, 129, 2003, pp. 14-24, en particular p. 23.

³ Para una visión sobre el amaestramiento del pasado bélico bajo los gobiernos populares, HUMLEBAEK, Carsten, “Usos políticos del pasado reciente durante los años de gobierno del PP”, en este mismo número.

⁴ Utiliza, por ejemplo, un lenguaje que no roza sino que es coloquial: Primo de Rivera padre abandonó el poder “a los seis años y pico”, p. 29. Sobre la *public history*, el revisionismo y los usos públicos de la Historia, de los que se hablará en este artículo, ver PASAMAR, Gonzalo, “Los historiadores y el ‘uso público de la historia’: viejo problema y desafío reciente”, *Ayer*, 49, 2003, pp. 221-248.

último de los intentos por resituar el debate sobre la guerra española en el terreno de las percepciones históricas presentistas, identitaria y políticamente útiles⁵. Por más que su visión sobre el conflicto no diste demasiado de las normas de los propagandistas del franquismo y, como él mismo ha ratificado, beba de fuentes tan poco solventes historiográficamente como Arrarás o De la Cierva, aun así trata de plantear la cuestión como una suerte de choque generacional —contra una historiografía “políticamente correcta”: el debate, aunque este libro no se sitúe en el ámbito de la historiografía profesional, se pretende instrumentarlo contra la misma— según el cual, la viva presencia de la interpretación oficial franquista sobre la guerra debería ser de nuevo atractiva para quienes con más intención que criterio se acerquen a la historia reciente de España. De tal modo, la aceptación que ha tenido en nuestro país este libro debe ser analizada, bajo mi punto de vista, como la reproducción de una contra-memoria sobre la guerra civil —en estos años de tanta profusión memorialística— que aún tiene una enorme vigencia en el imaginario colectivo de los españoles y que, posiblemente, tiene origen tanto en la escasez en democracia de políticas oficiales hacia el pasado como en el hecho de que la profesión historiográfica haya aceptado generalizadamente unas valoraciones sobre la República y la guerra en las que buena parte de los españoles no se ven identificados. Sin embargo, es una reproducción que no sólo tiene como destinatarios a los lectores nostálgicos y afectos a Franco sino también, y aquí radica la novedad, a los nietos de la guerra⁶.

Mitos y prejuicios

No se puede negar la evidencia de estar ante el ensayo sobre la guerra civil más vendido —¿y leído?— en los últimos años y, sin duda, del que más ejemplares se han lanzado al mercado, en medio de una fuerte campaña de publicidad periodística, televisiva y editorial y con el apoyo explícito de historiadores de la talla de Stanley G. Payne, ahora redentor de la pueril historiografía española y que se ha erigido en defensor, junto con escritores como César Vidal, de sus «verdades como puños»⁷. Verdades que, tras la lectura de este voluminoso libro (que incorpora abundantemente textos precedentes⁸) al final acaban resultando los mismos lugares comunes de la interpretación de la derecha y la propagandística franquista sobre la guerra civil. Por cierto, sin aporte novedoso alguno ni trabajo documental, cosa

⁵ Para una visión europea de este fenómeno, PEIRÓ, Ignacio, “La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea”, *Ayer*, 50, 2004, en prensa cuando se termina este artículo. Agradezco a su autor el haberme facilitado una versión casi definitiva del mismo.

⁶ Considero, por tanto, que la profesión de la historiografía no puede pasar por alto el enorme éxito que ha tenido *Los mitos...* Es obligación no sólo rebatir lo que sea incorrecto, como regla general, sino ante todo analizar, en y con perspectiva histórica, fenómenos como éste.

⁷ El paternalismo de Payne, que recomienda a la historiografía española crecer, hacerse «adulta y madura», en PAYNE, Stanley G., “Mitos y tópicos de la Guerra Civil”, *Revista de Libros*, 79-80, julio-agosto de 2003, pp. 3-5. Me remito a la respuesta de JULIÁ, Santos, “Últimas noticias de la guerra civil”, *Revista de Libros*, 81, septiembre de 2003, pp. 6-8. Desde internet, unas advertencias al libro de Moa y una réplica a Payne, en el artículo de REIG TAPIA, Alberto, “Quousque tandem Pío Moa?”, en www.h-debate.com/Spanish/debateesp/Gue-civil/tapia.htm.

⁸ Sus tesis fueron publicadas, con menores ventas, en sus tres libros precedentes: *Los orígenes de la guerra civil* (1999), *Los personajes de la República vistos por sí mismos* (2000) y *El derrumbe de la Segunda República y la guerra civil* (2001). Otra característica de *Los mitos...* es la insuficiencia —18 páginas sobre 605 totales— de notas y de una mínima bibliografía.

paradójica si tenemos en cuenta que el autor es un afanoso lector de Ricardo de la Cierva quien, según dice, en contra de los «círculos universitarios y académicos, muy dados, por lo común, al chismorreo insidioso y muy poco al intercambio y discusión de ideas», siempre ha aportado un «cúmulo de datos y documentación decisiva» en su trabajo⁹. El autor trata de situar en todo momento su trabajo en contra de la historiografía académica y de observarla con desdeñosa superioridad, apostando por un público joven, por la “mirada del nieto” sobre la guerra civil. Sin embargo cabe preguntarse ¿qué quiere enseñar sobre la guerra alguien que opina, en otro ámbito, que «la adopción por homosexuales es como optar por la enfermedad por principio»?¹⁰.

Observando sus apoyaturas teóricas se puede demostrar que se está ante un intento, el enésimo, de limitar las responsabilidades de los sublevados en 1936 en lo que ya mayoritariamente se analiza como un desastre colectivo (se han dejado atrás conceptos como “cruzada” o “guerra de liberación”) pero con unos responsables claros. Puesto que su afán resulta ser demostrar la legitimidad del franquismo, el autor se hace eco de algo que data ya de 1939 (con la aplicación de la ley de Responsabilidades Políticas): el hecho de retrotraer la cronología de la guerra a 1934. Para el periodista, la guerra no empezó en julio de 1936¹¹ sino que tuvo una primera fase con el levantamiento insurreccional de Asturias y Cataluña: de tal modo, la responsabilidad de la misma no puede recaer en los militares alzados sino que éstos, en realidad, estarían defendiendo la integridad de la Nación ante el ataque revolucionario: sería una contrarrevolución defensiva. Aplicando valores positivos a los sublevados, negativos al proceso republicano, y mirando hacia otro lado –o negando, como en el caso de la plaza de toros de Badajoz– cuando se habla de los aspectos más negros como la violencia política, el periodista construye un reparto de anatemas unidireccional: las responsabilidades reales estaban en la izquierda y sus antecedentes históricos, en el despliegue de unas políticas «republicanas jacobinistas» desde el siglo XIX, concepto que en el libro se da por descontado aunque no se explique debidamente. En el ámbito histórico, de tal modo, el autor nos regala su visión sobre las “personalidades” del periodo, en un ejercicio de positivismo presentista: ése es el modo en que se está «renovando», al decir de Stanley G. Payne, la interpretación sobre el período estudiado. Así, la responsabilidad de la ruptura de la convivencia republicana y de la guerra, que en definitiva es lo que quiere tratar este libro, recae en unas individualidades concretas – básicamente, los políticos republicanos– pero, además, en quienes les apoyaron o votaron; esto es, de la República. Poco espacio merecen en cambio las tendencias desestabilizadoras y las conspiraciones provenientes del Ejército. ¿Por qué? Tal vez

⁹ MOA, Pío, “Ricardo de la Cierva, el erradicado”, en www.libertaddigital.com (9-I-03).

¹⁰ Frase sacada de su artículo “Adopción de niños y homosexualidad” (26-VI-02). Otro ejemplo: «Muy lentamente nos vamos percatando de hasta qué punto la función tradicional de la mujer es esencial para mantener la cohesión familiar, la transmisión de la cultura y, en general, la salud mental colectiva», de “¿Mujer trabajadora?” (8-III-02). Ambos ejemplos, en www.libertaddigital.com.

¹¹ Cosa en la que se está más o menos de acuerdo: la guerra en sí comenzaría tras el fracaso del golpe de Estado, en lo referido a movilización de recursos, ocupación territorial, bipolaridad de gobiernos contrapuestos y excluyentes sobre una misma unidad política reconocida a nivel estatal sobre la que se disputa la soberanía y la legitimidad del poder. No creo que sea necesario listar los muchos trabajos dedicados al tema. Una buena aproximación en GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, “Reflexiones sobre el concepto de Guerra Civil”, *Gladius. Estudios sobre armas antiguas, armamento, arte militar y vida cultural en oriente y occidente*, tomo XX, 2000, pp. 301-309.

porque este libro quiere hacer política en el presente manejando el pasado y, hoy como ayer, al Ejército no se le toca.

Se pretende por tanto desmontar mitos con este libro, pero de entrada se intenta hacer comulgar con otro no menos cuestionable: que «la guerra se estaba viendo venir» desde 1934¹². Un punto de vista apriorístico y ucrónico (superviviente en democracia a las afirmaciones de Arrarás, a quien Moa defiende en un artículo digital), ya que si alguien estaba viendo venir el golpe y la guerra de 1936, éstos eran los sublevados. Decir, como el autor y toda la para-historiografía justificadora del Régimen, que «no existía la legalidad republicana» (de la Cierva) o que nadie en sus cabales consideraría la Segunda República en 1936 una democracia (Payne), es reproducir acríticamente las intenciones discursivas de los sublevados, que pueden leerse más claramente y sin circunloquios interpretativos o propagandísticos en sus bandos de guerra: éstos que fueron utilizados para, mediante su “aplicación”, acabar con la vida de miles de resistentes al golpe de Estado. Tal análisis resulta atrayente para el imaginario colectivo compartido por los antiguos adictos al y hoy nostálgicos del régimen franquista. En otras palabras: se trata de la justificación retórica –y mítica– desplegada desde el mismo origen de la confrontación y desmontada desde que la historiografía profesional tuvo acceso a fuentes directas. La historia es aquí un arma política escondida por el autor tras una pátina de superioridad equidistante, y la derecha –¿sólo historiográfica?– necesitaba un nuevo altavoz.

Ese altavoz, como ha señalado Reig Tapia, estaba en la obra de Moa y en el interés por la misma de La Esfera de los Libros. En ella, por ningún lado se observa un intento de explicación: los datos, de sobra conocidos por otra parte, no son manejados sino para servir a los prejuicios previos. Aunque Payne se obstine en decir que el autor ha realizado «el empeño más importante llevado a cabo por ningún historiador, en cualquier idioma, para reinterpretar la historia de la República y de la Guerra Civil» basándose en «la investigación directa o, más habitualmente, en una cuidadosa relectura de las fuentes y la historiografía disponibles», aquí tan sólo se ve reinterpretación, no investigación. Mas ¿qué se puede esperar de quien despacha la investigación doctoral como «estudios predecible y penosamente estrechos y formulistas, y [que] raramente se plantean preguntas nuevas e interesantes», o que acusa a la historiografía española de «victimofilia»? Hoy la historiografía novedosa sobre la República y la guerra se mueve a fuerza de archivo, entrevista y documento: años de archivo, docenas de entrevistas y miles de documentos. El afán de notoriedad de una editorial o un autor determinado, que aceptan como válido un trabajo de escasa reflexión interpretativa y sin referentes documentales, no hacen sino justificar la percepción de que uno está ante un trabajo más interesado en actuar sobre la memoria en el presente, sobre la percepción colectiva del pasado, que en el análisis del mismo. Y es que detrás de las interpretaciones hay identidades y percepciones políticas. Libros como *Los mitos...* instrumentan el pasado por motivos políticos y lo revisan desde perspectivas presentistas. Lo cual, por fuerza, va completamente en

¹² LLERA, Luis de, “La cultura española y la guerra civil”, en BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso y EUGENIO TOGORES, Luis (coords.), *Revisión de la guerra civil española*, Madrid, Actas, 2002. El autor, tras señalar la supuesta identificación entre cultura e “izquierdismo” como un obstáculo para el conocimiento de la verdad del pasado, afirma que «la historiografía marcadamente izquierdista [...] han [sic] creado o aceptado mitos de papel o, si se prefiere, han convertido a historiadores aceptables en nuevos “Menéndez Pidales” revividos, esta vez en su versión contemporaneísta. Piénsese, por ejemplo, y para herir al menor número posible de colegas, en nombres como el de Tuñón de Lara, antes, y Santos Juliá, ahora».

contra no ya sólo de la profesión historiográfica, sino también contra los principios de ese cruce de caminos entre historia y memoria social que son los usos públicos de la historia.

Revelar los errores históricos y las maniqueas interpretaciones en que se incurre en este trabajo ha sido ya tarea de otros historiadores. Obsérvense, como botón de muestra, las discusiones en la red mantenidas con Enrique Moradiellos sobre la intervención extranjera en la guerra¹³. Pero hay más: sobre un tema como la represión, que entronca directamente con el cuestionamiento de la legitimidad franquista –de su identidad y memoria– el autor revive, por ejemplo, las tesis negacionistas sobre la matanza de la plaza de toros de Badajoz¹⁴. Por lo demás, sus interpretaciones sobre la violencia franquista y republicana –que no tienen en cuenta las decenas de «predecibles» tesis doctorales sobre la represión en ambas zonas– pueden resumirse en su opinión sobre la justicia franquista: «muchos –pero no todos– de los fusilados por Franco eran culpables de crímenes horribles»¹⁵. Que los nostálgicos del régimen de Franco lean con gusto algo así es comprensible. Pero, ¿por qué quiere negar evidencias –como los errores de Salas Larrazábal– a sus jóvenes lectores? ¿Por qué falsear la historia con una mera alusión, casi forzada, a que «no todos» los fusilados del franquismo eran criminales?

Un libro que se publicita pretendiendo ser el desmontaje definitivo de los mitos creados en torno a la guerra civil será siempre bien recibido: poca gente es ajena al hecho que, hasta hace bien poco, la verdadera mitificación de la guerra estuvo en la mano y las plumas de sus vencedores. Sin embargo, con lo que aquí se quiere acabar es con los “mitos” de la izquierda, identificada por principio con la cultura y, por ende, con la historiografía dominante. Payne y el autor coinciden en un tópico de la derecha, según el cual la “intelectualidad de izquierdas” ha impuesto en las universidades, las cátedras o los medios de comunicación lo políticamente correcto, la falta de debate, el discurso único, el pensamiento plano. ¿Existen tales mitos? ¿Se trata más bien de un intento de recuperar un terreno en la opinión pública, consciente la derecha de que el conocimiento histórico compartido, los paradigmas sobre el pasado, son un pie, un apoyo para la construcción de las identidades colectivas? ¿Se trata, más bien, de una operación orquestada desde algunos grupos empresariales para contrarrestar el impacto del actual uso político del pasado por parte de la izquierda y sus medios de comunicación?. El notable incremento del conocimiento sobre la violencia franquista y un mayor uso público de la historia de la represión generan, gracias al conocimiento y difusión de aspectos negros de la guerra civil –el referente mítico de origen de la dictadura, como señala Paloma Aguilar¹⁶–, una fuerte deslegitimación de Franco y su poder. Momento es, pues, de volver a legitimar: viejas fórmulas con nuevos ropajes, nuevo público ávido de referentes históricos (tal vez) negados por las deficientes (o inexistentes) políticas hacia el pasado de los gobiernos desde la transición, incluidas las materias educativas. El plato está servido.

¹³ www.nodulo.org/ec/2003/n015p11.htm

¹⁴ Equiparables en cuanto a catadura moral, para Helen Graham, a los autores que niegan el holocausto judío, según ha señalado en su reseña a Moa publicada por *The Times Literary Supplement*.

¹⁵ MOA, Pío, “La memoria, buena maestra”, en www.libertaddigital.com (19-IX-03).

¹⁶ AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma, *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza, 1996.

Las memorias de la guerra

La aparición y enorme difusión de este libro están relacionadas con el actual “uso público” de la Historia y con el auge y presencia de la guerra civil en el debate público sobre el pasado y el presente. Como ha escrito Walter Bernecker, «acaso no haya habido en los tiempos contemporáneos otro hecho histórico que [...] haya sido piedra de toque de lealtades políticas e ideológicas y divisoria de posiciones existenciales»¹⁷. No en vano, la guerra civil y la violencia que la acompañó dejaron una huella tal en la sociedad española como para poder considerárselas el punto de referencia de la historia del Novecientos español. Una huella profunda en la representación colectiva del pasado que viene aflorando al discurso público desde posiciones no oficiales desde los años sesenta y, sobre todo, desde la transición y en la actualidad¹⁸.

Para explicar los porqués de este nuevo revisionismo, de la fuerza de la revisión propagandística del pasado contra los supuestos dogmas de lo académica y políticamente correcto, hemos de observar cómo en España se ha concebido e instrumentado el pasado bélico, ciñéndonos al uso de conceptos como “memoria” y “uso público de la historia”, a su difusión y a sus implicaciones: como conclusión preliminar, se puede afirmar que este fenómeno debe observarse en perspectiva amplia. Tras la II guerra mundial, todos los países han tenido, antes o después, que articular una política hacia el pasado, una visión oficial de la historia más o menos reciente, para sobrellevar o instrumentar un pasado más o menos incómodo¹⁹. En el Viejo Continente, la rememoración masiva del exterminio de los hebreos y, en general, de los crímenes totalitarios, no tuvo un espacio público masivo antes de los años ochenta. Sería con el “deshielo” tras el colapso de los regímenes socialistas,

¹⁷ BERNECKER, Walter L., “De la diferencia a la indiferencia. La sociedad española y la guerra civil (1936/39-1986/89)”, en *id. et alii* (comps.), *El precio de la modernización. Formas y retos del campo de valores en la España de hoy*, Madrid, Iberoamericana, 1994, p. 63.

¹⁸ Dentro de los límites lógicos de una dictadura y dentro de los límites impuestos por una transición de elites voluntariamente afásicas. Sobre lo primero, MAINER, José Carlos y JULIÁ, Santos, *El aprendizaje de la libertad. 1973-1986*, Madrid, Alianza, 2000.

¹⁹ Cuando se pretende hablar de conceptos como “memoria social” o “memoria histórica”, no queda más camino que acudir a las teorías de Émile Durkheim y a la estructuración concreta del sociólogo Maurice Halbwachs, así como a las interpretaciones y utilizaciones que de las mismas se han destilado. La más interesante y desarrollada en España, y referida al tema sobre el que versa este capítulo, es la ofrecida por AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma, *op. cit.* Ver también la introducción de CUESTA, Josefina, “Memoria e historia. Un estado de la cuestión”, en *ead.* (ed.), *Memoria e historia*, Dossier de Ayer, 32. El trabajo de referencia es HALBWACHS, Maurice, *La mémoire collective*, Paris, Albin Michel, 1997, y a mi juicio la mejor utilización teórica está en WINTER, Jay y SIVAN, Emmanuel, “Setting the framework”, en *id.* (eds.), *War and remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge University Press, 1999, pp. 6-39 y LE GOFF, Jacques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991, si bien este último sea deudor de Nora y, por tanto, destile el mismo academicismo que el creador del concepto de “lugares de la memoria”. En Francia, de hecho, estos estudios fueron del interés de Bloch y de diferentes generaciones de la revista *Annales* representadas por Le Goff y Nora. El término, paulatinamente, se expandió, parejo desde los años setenta al de Historia Oral, por universidades canadienses, francesas, italianas o americanas. Véase PEIRÓ, Ignacio, *op. cit.* También SUEIRO, Susana, “Modos y modas en la historiografía actual”, en A. Alted (coord.), *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria*, Madrid, UNED, 1995, pp. 13-26, en particular pp. 16-17.

cuando se destapase la caja de Pandora de la memoria colectiva y de la instrumentación del pasado. Pronto llegó ese debate a las Universidades y los foros públicos y, de hecho, la revitalización de estudios como los de la memoria social, histórica o colectiva tomó cuerpo académico a caballo entre esas dos décadas, en buena medida ante la demanda de configuración de unas políticas sociales de la memoria, unas políticas de duelo y aprendizaje colectivo donde la II guerra mundial habría de ser objeto preferente y, además, el holocausto adquiriría carta de centralidad en la historia europea del siglo XX²⁰.

Todo este debate ha tenido una consecuencia directa, más allá del mundo académico e intelectual: la expansión del término de “memoria” aplicado a los grupos sociales —en muchos momentos autorreconocidos como “víctimas”— que, como se ha visto para temas tan espinosos como el del Holocausto hebreo, entronca con las necesidades de legitimación, justificación o reivindicación de las identidades colectivas²¹. Hay que tener en cuenta sin embargo que desde cualquier punto de vista (cultural, sociológico, antropológico, histórico) la premisa de partida a la hora de hablar de memorias colectivas, sociales o históricas radica en que no se puede estudiar la memoria *del* grupo sino la memoria *en el* grupo. No existe una memoria colectiva en términos estrictos, desde el momento en que no consideramos la sociedad como un ente orgánico, esto es, que pueda tener memoria propia. Por tanto, si se hace uso de tal concepto hay que aclarar de entrada que se trata de un convencionalismo terminológico abierto a la interpretación, así como el hecho que, en tantas ocasiones, las percepciones colectivas del pasado son generadas desde el presente, muchas veces con intencionalidad política, y que por tanto ni la memoria es neutral, ni existe solamente una sino más bien «memorias en conflicto»²². La “memoria social” es más bien recuerdo público; por tanto, en una sociedad no hay una memoria sino varias, tantas como identidades grupales, que muchas veces entran en contradicción. La representación social del pasado es así la reconstrucción del mismo dentro de un marco de referencia colectivo —a través de la interacción, cuyo canal es el lenguaje— que contribuye a la integración dentro de la identidad de grupo²³. Una visión compartida —y mitificada— de la historia por una colectividad viva, «de cuya identidad forma parte integrante el sentimiento del pasado»²⁴ que, sea como vía de aprendizaje político, ideológico, cultural, tradicional y un largo etcétera,

²⁰ TRAVERSO, Enzo, “La memoria de Auschwitz y el comunismo. El ‘uso público’ de la historia”, *Memoria. Revista mensual de política y cultura*, 166, en la página www.memoria.com.mx/166.traverso.htm, algunas conclusiones derivadas de su excelente *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder, 2001.

²¹ Identidades que, por supuesto, también se construyen e inventan. Véase HOBBSAWM, Eric J. y RANGER, T., *The invention of tradition*, Cambridge University Press, 1984. Para este tema, HARTMAN, G.H. (ed.), *Holocaust remembrance: the shapes of memory*, Oxford University Press, 1994. Algunos avisos contra la vulgarización e instrumentación del concepto están en LE GOFF, Jacques, *op. cit.*, en TODOROV, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000, y en GALLERANO, Nicola, “Introduzione” y “Storia e uso pubblico della storia”, en *id.* (ed.), *L'uso pubblico della storia*, Milán, Franco Angeli, 1995.

²² PASSERINI, Luisa. *Torino operaia e fascismo. Una storia orale*, Roma-Bari, Laterza, 1984.

²³ JEDLOWSKI, P., “La sociología y la memoria colectiva”, en A. Rosa *et alii* (eds.), *Memoria colectiva e identidad nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 123-134. También PASSERINI, Luisa, “Antagonismi”, en *Dieci interventi sulla storia sociale*, Turín, Rosenberg & Sellier, 1981, pp. 101-115.

²⁴ NORA, Pierre, “Memoria colectiva”, en J. Le Goff, R. Chartier, y J. REVEL (eds.), *La Nueva Historia*, Bilbao, Mensajero, 1988, pp. 455-459.

es configuradora de las cosmovisiones y de las percepciones de lo que nos rodea²⁵.

Esa memoria o percepción colectiva del pasado no tiene por qué ser reivindicativa. Pero muchas veces lo es, y casos como el actual español o el de las antiguas repúblicas socialistas vienen a demostrarlo. En casos particulares como el de la experiencia traumática en el pasado, esta construcción de la identidad propia y de la explicación del pasado individual a través del espejo de lo colectivo adquiere, por tanto, caracteres discursivos de “devolución” o de “recuperación” ya que, en buena lógica si se trata de interpretaciones, paradigmas o cosmovisiones que han sido excluidas del imaginario colectivo y la representación social del pasado, tal memoria ha sido previamente proscrita. Si, además, existe la percepción de que no ha sido reclamada o incorporada a la comunidad, el camino a la “reivindicación” estará abierto, como en el caso español. En definitiva, lo que en este debate abierto se está expresando como “memoria histórica” en España no es otra cosa que la presencia en el debate público –en medios de comunicación, en homenajes institucionales– de la versión no oficial del franquismo, así como la presunta necesidad de “dar caras” a algo tan relevante como la guerra española y la represión franquista. Relevante, ante todo, tanto por su larga sombra y profunda huella entre los que la vivieron como por la imposición, diríamos cultural y simbólica, de una identidad colectiva sobre los vencidos.

La pública reivindicación de las identidades colectivas “derrotadas”, así como la restitución simbólica de lo que se aprecia como exclusión injusta, son las bases por tanto de la “recuperación de la memoria histórica” a la española. Un tema que, hasta cierto punto, reproduce lo que significó en el ámbito anglosajón la denominada “historia desde abajo”: dejando de lado ciertos antiacademicismos basados en el desconocimiento, se trata de una historia hecha desde el intercambio de experiencias entre testimonios, protagonistas, historiadores, agentes de la cultura (cineastas, narradores...), asociaciones políticas y cívicas. Algo, en definitiva, relacionado con la divulgación y la vulgarización, entendida como renuncia al discurso elaborado en aras de su comprensión, y con el establecimiento de unas políticas concretas hacia el pasado. No radica pues el debate tanto en el desarrollo historiográfico como en la reivindicación pública. Dos cosas a veces intrínsecamente unidas, pero otras no tanto: como han señalado Rosa, Bellelli y Barkhurst, existe una diferenciación entre prácticas sociales del recuerdo y divulgación histórica, pudiéndose señalar hasta tres planos conectados pero distintos: la historiografía, la enseñanza obligatoria y las políticas sociales de la memoria²⁶. Lo que se plantea, desde esta historia “desde abajo” española, no es la insuficiencia de estudios sobre la represión franquista. Es la supuesta carencia de “conciencia histórica” al respecto, debido a las insuficientes “políticas de la memoria”. Y de hecho, usando el precedente historiográfico, con el Partido Popular en el poder (véase el artículo de Núñez Seixas al respecto en este número) la oposición política –dejemos de lado los evidentes réditos electorales, aunque sea un tema que es necesario explorar más a fondo–, junto a grupos y asociaciones cívicas, están tratando de poner en el centro

²⁵ Véase sobre este asunto la opinión de HOBBSAWM, Eric J., *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica, 2002, en particular “El sentido del pasado”, pp. 23-37.

²⁶ ROSA, Alberto, BELLELLI, Guglielmo y BAKHURST, David, “Representaciones del pasado, cultura personal e identidad nacional”, en *id.* (eds.), *Memoria colectiva e identidad nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 68. La investigación lleva años en curso y ha rechazado, uno a uno, los paradigmas de la propaganda historiográfica franquista. Véase RODRIGO, Javier, “La bibliografía sobre la represión franquista: hacia el salto cualitativo”, *Spagna Contemporanea*, 19, 2000, pp. 151-169.

del debate histórico una representación colectiva del pasado o “memoria de la guerra civil” diferente a la del discurso oficial del franquismo y que, supuestamente por causa de las deficientes políticas sobre el pasado, no había tenido demasiado espacio público en democracia. Esto es: se está haciendo política del pasado, por un lado. Pero también se está instando al poder a posicionarse sobre la legitimidad del franquismo y sobre la necesidad de reivindicar formal y moralmente a sus víctimas. La crítica, por tanto, se extiende hasta la transición a la democracia²⁷.

Algunas de las cuestiones suscitadas tanto en lo epistemológico como en lo más concreto por el cruce entre memoria e historia (entre ellas, el revisionismo) pueden observarse desde los planteamientos del debate sobre los “usos públicos de la historia” –expresión descriptiva y menos equívoca que la de memoria²⁸. Debate, como es bien sabido, nacido al socaire de la crítica al revisionismo apologista y reduccionista de la historiografía conservadora alemana, duramente acusada por Habermas, y que tiene similitudes –*mutatis mutandis*– con la situación actual del uso público del pasado en España²⁹. En particular, en lo referido a la existencia de una para-historiografía de corte revisionista y justificadora del franquismo que, dando una «visión simplificada de la historia contemporánea», trata de recrear una memoria –o visión compartida del pasado– oficialista en contraposición a la actual profusión de la visión deslegitimadora del régimen de Franco³⁰.

Como se decía, la presencia pública de este debate ejerce un poderoso sentimiento de deslegitimidad hacia el poder de Franco y hacia su Régimen, tanto en las generaciones crecidas bajo la dictadura y sus férreos sistemas de control cultural como en los nacidos o crecidos en democracia, los “nietos de la guerra”. Ante el inminente fin de la “memoria viva”, del testimonio directo, y frente a las “políticas de la memoria” insuficientes y derivadas del pacto por la no instrumentación política del pasado cuyo origen es el mismo que el de la transición a la democracia (pongamos la fecha que pongamos), la “memoria histórica” de la izquierda ha crecido y se ha movilizado públicamente hasta el punto de obligar no sólo a la declaración institucional del 20 de noviembre de 2002, sino también a actos simbólicos como el del homenaje, el 1 de diciembre de 2003, a las víctimas de la dictadura³¹. Un acto percibido por muchos de los presentes como tardío pero que

²⁷ La Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) ha invitado a sendas reuniones y congresos (Ponferrada y Valladolid) a Juan Carlos Monedero y Vicenç Navarro. En los trabajos de uno y otro –MONEDERO, Juan Carlos, “El misterio de la transición embrujada (un *collage* generacional sobre la transición española)”, en J.C. Monedero y J.L. Paniagua (eds.), *En torno a la democracia en España. Temas abiertos del sistema político español*, Madrid, Tecnos, pp. 103-231, 2003. NAVARRO, Vicenç, *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no se habla en nuestro país*, Barcelona, Anagrama, 2003– pueden observarse, con diferencias de tono, diversas críticas retroactivas al proceso de transición.

²⁸ PASAMAR, Gonzalo, *op. cit.*

²⁹ Lo que no debe extrañar, ya que sus paradigmas han sido exportados a otras latitudes, como Italia. Véase GALLERANO, Nicola, *op. cit. e id., La verità della storia. Scritti sull'uso pubblico del passato*, Roma, Manifesto libri, 1999. Asimismo MUÑOZ SORO, Javier, “El uso público de la historia: el caso italiano”, en C. Forcadell *et alii* (eds.), *Usos públicos de la historia*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2002, vol. I, pp. 170-84.

³⁰ Lo de «para-historiografía» es un concepto utilizado por LEDESMA, José Luis, “El lastre de un pasado incautado: (ab)uso político, memoria e historiografía de la represión republicana”, en FORCADELL, Carlos, *op. cit.*

³¹ Las pruebas de todo ello no sólo abarcan el interés por libros como *Víctimas de la guerra civil* o *La columna de la muerte*; también la amplia difusión conseguida por documentales como *Las fosas del*

llevó a todos los grupos parlamentarios de la oposición a afirmar que era uno de los más importantes, o el principal, de los desarrollados para festejar el 25 aniversario de la Constitución de 1978.

Todo ello ha encontrado una fuerte oposición: el revisionismo “a la española”, más bien rancio y poco relevante intelectualmente, ha aparecido fuertemente en las librerías y algunos medios de comunicación. El de la “recuperación de la memoria histórica” es el marco perfecto para que la derecha revisionista, en aras de mantener su prestigio intelectual y su visión propia de la historia –en particular la de la guerra civil, de una historia fundamental para el mantenimiento incólume de sus referentes identitarios– se lance a la recuperación del tiempo perdido. Frente a la “historia pública” en España, el revisionismo “a la española”. Por tanto, *Los mitos...* plantea un debate amplio y complejo, que no se circunscribe sólo a lo académico y a las interpretaciones sobre el pasado ya que, en realidad, está demostrando el calado real de las políticas hacia la historia, así como la existencia de lealtades vivas a los valores simbolizados por la dictadura franquista.

Ésa parece ser una tónica de este momento: una batalla por el monopolio de la memoria que tiene reflejos editoriales en ambos lados del espectro político. En ese sentido, cabe decir que la falta de rigor que comienza a abundar entre los trabajos histórico-periodísticos es escandalosa, y no sólo entre legitimadores retroactivos del régimen franquista. Ahora parece ser que para trabajar y ser un “experto” sobre la guerra civil no hace falta acercarse a los archivos militares o civiles, ni vaciar grandes repertorios bibliográficos³²: la cantidad de parásitos que aletean en derredor de la historiografía y el trabajo de campo –vaciar archivos, recopilar testimonios grabadora en mano, abrir fosas comunes– es tan grande como ventas se puedan obtener a la sombra de perifrasis rimbombantes como “quitar mantos de silencio”, “desvelar la verdad” o “romper con los mitos”. En ese sentido, los efectos de la sed de memoria están alcanzando no sólo a la revisión del pasado por motivos presentistas, sino también a la creación de una bibliografía de divulgación que comparte con el revisionismo su desinterés por la más mínima seriedad investigadora. Pero, de todos modos, ello no hace sino constatar la demanda, entre otros motivos por los que aquí se han apuntado, de historia pública de la guerra civil.

Es obvio que se ha abierto la espita de la memoria, de la representación colectiva extraoficial del pasado. Es evidente que los nietos de la guerra, en buena medida, no aceptan la escasa política del recuerdo desarrollada en democracia, ni el pacto político transicional por la no instrumentación del pasado bélico y dictatorial, que ha resultado un marco demasiado estrecho. Sin embargo, no sólo hay demanda

silencio, Los niños perdidos del franquismo o Rejas en la memoria, o el hecho de que asociaciones cívicas como las interesadas en la apertura de fosas comunes de la guerra o en la lucha guerrillera del maquis alcancen relevancia en medios de comunicación nacionales e internacionales. E, incluso, que el mismo partido en el gobierno haya necesitado reconsiderar las iniciativas políticamente rentables planteadas por la oposición parlamentaria sobre la restitución moral del apoyo a las víctimas del franquismo.

³² Como dice Francisco Espinosa, estos tiempos «son propicios a todo tipo de pícaros y farsantes y entre las formas que adopta el engaño habría que destacar la historia de mesa-camilla y el periodismo de investigación... ajena, consistentes ambos en montar (cortar y pegar) libros a base de otros libros y hacerlos pasar por investigaciones propias», en ESPINOSA, Francisco, “Historia, memoria, olvido: la represión franquista”, en BEDMAN, Arcángel (ed.), *Memoria y olvido sobre la guerra civil y la represión franquista*, Lucena, Ayuntamiento de Lucena, 2003, p. 129. He escrito sobre el tema en el último capítulo de RODRIGO, Javier, *Los campos de concentración franquistas. Entre la historia y la memoria*, Madrid, Siete Mares, 2003. Ambos nos referimos a los libros del prolífico Rafael Torres.

de historia de los vencidos. También de aseveración de los tópicos franquistas: a la vista del momento actual, puede aseverarse que con *Los mitos...* estamos ante el enésimo intento de reconducir el debate sobre el pasado franquista hacia las posturas apologéticas. El enésimo, pero también el más exitoso. A continuación, sería necesario plantearse si todo ello no dimane, efectivamente, de la escasez de políticas oficiales del recuerdo en democracia, que entre otras cuestiones ha tenido como consecuencia la escasa presencia de la guerra civil en la educación histórica obligatoria.

Ahora la brecha del “uso público de la historia” está beneficiosamente abierta y quienes mantuvieron por décadas la primacía intelectual necesitan volver a justificarla, para vindicar a su vez a quien obtuvo su poder gracias a una guerra civil. La visión oficial de la guerra, hegemónica durante el franquismo y que creíamos sepultada en democracia, no sólo está viva. Goza de perfecta salud. De hecho, que un libro tan oficialista, tal propagandístico y tan ideológico como *Los mitos...* obtenga tal respaldo mediático y tal éxito de ventas tan sólo es comprensible, como decía al principio, si observamos el clima de debate existente en España sobre la guerra y la represión franquista. Cuanto más se debate e investiga, cuanta más presencia tiene en los medios de comunicación ese debate, más se deslegitima el franquismo y a sus herederos. No cabe extrañarse del hecho de que la derecha necesite de nuevo una abrazadera bibliográfica.

Ese asidero estaba en *Los mitos de la guerra civil*. Libro que, al decir de Payne, «introduce un chorro de aire fresco en una zona vital de la historiografía contemporánea española anquilosada desde hace mucho tiempo por angostas monografías formulistas, vetustos estereotipos y una corrección política dominante desde hace mucho tiempo». Por suerte, tenemos quien nos abra los ojos.